

La llamaban Melancolía

La mirada del lobo se enquistaba en cada rincón de aquella chica que había pasado a llamarse Melancolía. Mirada feroz que agredía visualmente a los ojos de cervatillo de la chica. Antes, en otro tiempo, aquellos ojos asustadizos se cerraban intentando imaginar una realidad mejor. Ahora aguantaban aquella mirada que ya tenía más que grabada. Sus ojos habían aprendido a navegar en aquel tormento. Al igual que sus oídos, ya adiestrados a taponarse ante su canibalismo léxico.

Manos grandes y firmes acariciando los menudos muslos de Melancolía. Zarpas del Lobo remangando vestidos manchados de culpas y remordimientos. Melancolía tumbada sobre aquel colchón lleno de sobras de lágrimas y dolor seco. A Lobo le gustaba jugar. Le gustaba arañar las carnes blanquecinas de una caperucita sin capa, que ya no se escondía. Ella había dejado de luchar. Ya no había gritos ni llantos. Ni pómulos rojos con las vergüenzas impregnadas sobre ellos. Ahora solo mirada triste, melancólica. A veces él se cansaba y se iba a calmar otros vicios. Entonces ella se quedaba ahí, tan pequeña, tan frágil. Tan ella, tan Melancolía, enfermando física y mentalmente.